



# EL VALLE SIN NOMBRE

Ibon Martín

© 2013, Ibon Martín Álvarez

Ediciones Travel Bug  
Busca Isusi, 46. 20015 Donostia  
Tel. 657 736 522  
editorial@travelbug.es

Diseño de portada e interior: Estudio Asterisko

ISBN: 978-84-940912-5-4  
Depósito Legal:  
Impreso por Leitzaran Grafikk

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de su propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**travel bug**  
NOVELA



Lekeitio

Ondarroa

Mutriku

Deba

Zumaia

Getaria

Zarautz

Markina

BIZKAIA

Elgoibar

Eibar

Azkoitia

Azpeitia

Elgeta

Elorrio

Bergara

Zumarraga

Mondragón

Legazpi

Beasain

Salinas de Leniz

GIPUZKOA

Alto de Arlaban




ARABA

Paso de San Adrián

### OIALDE Y SUS ALREDEDORES

EN EL SIGLO XV



-  Camino real
-  Otros caminos
-  Villas

0 2 4 leguas



PRIMERA PARTE

1442-1444

## EL BOSQUE

*Otoño de 1442*

El sonido fue haciéndose cada vez más claro. Lo que al principio era un rumor lejano se convirtió en un creciente griterío desordenado. No había lugar a dudas, volaban muy bajo y se encontraban muy cerca.

—¡Gansos! —exclamó Aitor con la mirada fija en el claro que se abría entre las ramas de los robles.

—¡No, seguro que son grullas! —le corrigió Elías—. O garzas, pero seguro que no son gansos.

Los dos niños miraron impacientes hacia las alturas. Los árboles reducían el campo de visión, pero entre ellos se dibujó enseguida la gigantesca uve que las aves formaban en el cielo. Su gran tamaño y las formas regordetas de sus siluetas los delataban. Eran gansos.

—¿Lo ves? —exclamó Aitor—. Solo las ocas arman tanto revuelo.

Elías no contestó y su amigo decidió no insistir, pues sabía que siempre le gustaba ganar, aunque se tratara de una pequeña discusión sin importancia.

Una segunda bandada de ruidosas ocas pasó sobre ellos rumbo al sur. En los últimos días habían cruzado sobre el valle otros muchos grupos de aves: garzas, palomas, patos... La temporada fría se acercaba. Pronto pasarían las grullas y, tras ellas, llegaría el frío. Los días habían comenzado a acortarse y eso significaba menos horas para jugar en el bosque, pero a Aitor no le importaba, pues el invierno traía consigo las largas noches de historias. Antton, su tío pastor, bajaba al caserío y con él llegaban las últimas noticias de las montañas; aventuras y leyendas que se desgranaban durante horas al calor de la lumbre.

Cuando los últimos gansos se alejaron camino a tierras más cálidas, Elías señaló hacia las profundidades del bosque.

—¿Vamos a ver a los ferrones? —propuso. A menudo planeaban ir a verlos, pero nunca habían llegado a emprender el camino hacia las herrerías.

Aitor lo siguió sin titubeos. Sus oscuros cabellos estaban alborotados y sus ojos dorados brillaban por la emoción. A sus doce años, no era el más alto ni tampoco el más fuerte de los muchachos de su edad, pero sí el más valiente de los que vivían en el valle.

El robledal fue cerrándose alrededor de ellos con cada paso que daban, hasta el punto de que llegaba a resultar difícil orientarse en él. Por si fuera poco, las hojas apenas habían comenzado a amarillear, por lo que filtraban la luz solar hasta sumergir el bosque en la penumbra. Conforme avanzaban, la vegetación se fue haciendo tan densa que llegó un momento en que los matorrales apenas les permitían dar un paso más.

De pronto, Elías se detuvo en seco.

—¿Y si se nos aparece alguna de las criaturas de las que hablan las historias? —inquirió girándose hacia Aitor.

—Has sido tú quien ha querido venir —protestó Aitor encojiéndose de hombros.

—Ya lo sé —refunfuñó Elías clavando la mirada en el suelo—. Pero podríamos toparnos con una manada de lobos hambrientos o, peor aún, con un gentil o una lamia. No sé, creo que no quiero seguir. Además, nos estamos alejando demasiado de la aldea.

Aitor observó a su amigo. Parecía realmente asustado. Era extraño en él. Aunque solo contaba once años, Elías era más espabilado que muchos muchachos mayores que él. A ello contribuía seguramente que su infancia no había sido fácil. Sus cabellos rubios eran un continuo recuerdo de que su padre era un extranjero, un marintero de los lejanos países del frío al que su madre había conocido en alguna sórdida taberna del puerto de Getaria. Nadie en la aldea ignoraba que aquella que había sido una de las muchachas más bellas de Oialde se ganaba el pan en las noches portuarias, alejando la vida a cambio de unas monedas a marineros de todo pelaje y condición. Hacía años que nadie la veía por el valle, de modo que Elías crecía gracias al cuidado de sus abuelos, tan avergonzados por el comportamiento de su hija que apenas abandonaban la protección del caserío familiar.

Muchos en el valle despreciaban al muchacho, al que llamaban Bastardo, pero Aitor había jugado siempre con él. Eran vecinos, los

dos vivían junto al camino real y su entretenimiento desde muy pequeños había sido el río Urbeltza, que pasaba frente a sus casas. Al principio, a Aitor le inspiraba desconfianza aquel niño silencioso que se divertía construyendo presas en el cauce. Su melena rubia, la única que había visto en su vida, le desconcertaba, aunque tal vez no fuera eso sino las historias que sobre él contaban sus mayores lo que le hacía sentir recelo. Sin embargo, poco a poco, los juegos en el río les hicieron amigos. Los padres de Aitor intentaron al principio alejarlo de Elías, pero con el paso del tiempo, la amistad de ambos niños terminó por vencer sus reservas y habían llegado a apreciar a aquel niño espabilado de mirada triste.

Aitor observó el bosque a su alrededor. Era cierto que se habían alejado mucho, pero ¿acaso no era necesario hacerlo si querían ver por fin a los ferrones? Solo unos pasos más y llegarían hasta ellos.

—¿No crees que nos estamos alejando demasiado? —insistió Elías adivinando sus pensamientos.

Aitor se llevó el dedo a los labios pidiendo silencio. Creía haber oído algo.

—¿No oyes a los ferrones? —inquirió en un susurro.

Elías aguzó el oído. Era verdad, se oían voces y no parecían muy lejanas. También llegaba hasta ellos el sonido de piedras removidas. No cabía duda, debía de tratarse de los ferrones, hombres que trabajaban y vivían en el corazón del bosque refinando el mineral de hierro obtenido en las minas cercanas. Quienes los habían visto decían que lo hacían en enormes hornos de piedra y que tenían el rostro ennegrecido por el hollín. Cuando la gente del valle hablaba de ellos lo hacía con desconfianza, caracterizándolos como hoscos, pendencieros y solitarios.

—Poco a poco, que no nos descubran —murmuró Aitor antes de agazaparse para avanzar a hurtadillas entre los arbustos.

Elías fue tras él. Las voces eran cada vez más claras. Identificaron a dos personas: un hombre de voz ronca que parecía dar órdenes y otro con un timbre más agudo que apenas contestaba con monosílabos.

Cuando por fin pudieron verlos entre los helechos, comprendieron que aquellos hombres no eran los ferrones que buscaban. No, estos no estaban quemando mineral de hierro en grandes hornos, sino que desmantelaban un muro de piedra de una pequeña construcción con formas de ermita. Elías miró asustado a Aitor, que le

devolvió un gesto de asentimiento con semblante grave. El edificio era el viejo convento de Santa Cecilia, un antiguo retiro monástico del que hablaban con temor los más viejos de la aldea. Según contaban, las veinte monjas que allí vivían habían sucumbido a la enfermedad durante la severa epidemia de peste que había assolado el valle casi cincuenta años atrás. Todas habían fallecido y desde entonces el lugar se consideraba maldito, por lo que nadie osaba pisarlo.

Sin embargo, aquellos hombres estaban desmontando el osario del convento. Su aspecto era desaliñado y sucio, pero lo peor era el rostro del hombre de la voz ronca, que aparecía desfigurado por una terrible cicatriz que le unía el ojo derecho con la boca. Parecía como si le hubieran dibujado una grotesca y gigantesca sonrisa a cuchillo. El ojo había desaparecido y, en su lugar, lucía una horrible masa sanguinolenta. Al verlo, Elías reculó un par de metros pero Aitor le instó a regresar con un gesto silencioso.

Los dos muchachos observaron como aquellos a los que habían tomado por ferrones desmantelaban casi por completo el muro, tras el que aparecieron esqueletos humanos. Después comenzaron a rebuscar entre los huesos y seleccionaron varios de ellos.

—Esta calavera será perfecta —anunció el de la cicatriz antes de romper a reír con una carcajada que a Aitor le puso la piel de gallina.

El otro le pasó un fémur y después otro cráneo y varios huesos más. Su compañero los examinaba a fondo antes de asentir, murmurar algo e introducirlos en un saco de arpillera.

Cuando tuvieron listo su macabro botín, cargaron el fardo a lomos de una mula que los esperaba junto a la puerta principal de la iglesia, que se encontraba tapiada y devorada por la maleza.

En ese momento, una rama del arbusto en el que se apoyaba Elías crujió, vencida por el peso.

—¿Quién anda ahí? —inquirió a gritos el tuerto, clavando su único ojo en la maraña de hierbajos tras los que se ocultaban los niños.

—Yo no he oído nada —musitó el otro.

El de la cicatriz le dirigió una mirada despectiva y se encaminó, cuchillo en mano, hacia los arbustos.

Aitor hizo una señal a Elías, que se disponía a echar a correr, para que se mantuviera quieto y en silencio. Los matorrales les impedían ver al tuerto, pero sus pasos se sentían muy cerca. Los

muchachos contuvieron la respiración; quizás así pasaría de largo. Pero el hombre, lejos de darse por vencido, comenzó a apartar ramas a manotazos. Agitados por él, los arbustos se movían bruscamente y arañaban los rostros de los chiquillos, que permanecían agazapados, aterrados ante la certeza de que era demasiado tarde para emprender la huida. Aitor comenzó a oír los jadeos del hombre tan cerca como si fueran los suyos propios. Cerró aterrizado los ojos y deseó con todas sus fuerzas que la tierra se abriera bajo sus pies para permitirle caer en sus entrañas. Solo así estaría a salvo.

—¿No ves que no hay nadie? Habrás oído una alimaña —insistió el otro desde la distancia.

—¡No soy tonto y si estoy buscando es porque sé que hay alguien espíándonos! —exclamó el de la cicatriz sin parar de agitar las ramas.

Aitor sintió de pronto un agudo dolor en su mano izquierda. Aquel hombre se la estaba pisando. Sin embargo, no parecía darse cuenta, de modo que luchó por no quejarse y se mordió el labio hasta hacerse sangre.

Tras unos segundos que parecieron horas, la sucia bota se levantó de la mano y Aitor respiró aliviado. No por mucho tiempo, porque en ese momento las ramas se movieron bruscamente y una mano enorme agarró del cuello a Elías, alzándolo como si de un pelele se tratara.

Aitor se agazapó aún más, pero no le sirvió de mucho, porque el tuerto, con su amigo aún en volandas, le pisó la espalda con tal fuerza que pensó que se la partiría en dos. Los dos muchachos aullaban de terror.

—Solo son unos críos —intercedió el que custodiaba el saco.

—¡Calla! —le ordenó el de la cicatriz sin soltarlos—. ¡Son unos espías, me da igual niños que mayores!

Aitor sentía que le faltaba el aire y, por los gemidos entrecortados de su amigo, comprendió que Elías también tenía problemas.

Su captor pareció decidir que era suficiente. Dejó caer al joven rubio al suelo al tiempo que dejaba de presionar con el pie la espalda de Aitor. Lejos de darse por vencido, aferró a los dos con un solo brazo mientras se dedicaba a acercarles un puñal a los ojos.

—¿Veis lo que me hicieron a mí por entrometido? —gruñía señalándose la cuenca vacía del ojo derecho—. No sé por cuál de vosotros empezar. Por el rubio quizás.



Elías lanzó un chillido desgarrador mientras veía aproximarse el cuchillo a su rostro. El hombretón rompió a reír satisfecho; había logrado el efecto deseado. Su risa era cruel y siniestra.

Su compañero dejó la mula y se acercó.

—Déjalos, venga, solo son unos críos asustados.

El tuerto volvió a mirarlo con desprecio, pero liberó a los niños. Aitor y Elías echaron a correr, tropezando una y otra vez con los arbustos y sin detenerse ni una sola vez para mirar atrás.

—¡Si os vuelvo a ver, os sacaré los ojos con una cuchara y me los iré probando hasta encontrar uno que valga para mí!

La carcajada cruel que siguió a esa amenaza los persiguió durante la larga huida por el bosque.

No se detuvieron hasta llegar al camino real. Allí, entre los carros cargados de mercancías que surcaban el valle, se sintieron por fin a salvo. Sin necesidad de dirigirse una sola palabra, los dos se dejaron caer agotados junto al camino. Los arrieros, que azuzaban a los bueyes para llegar al puerto de Getaria antes de que cayera la noche, apenas les prestaron atención. Ni uno ni otro abrió la boca para hablar de lo sucedido. Ninguno de los dos entendía qué hacían aquellos hombres expoliando el osario de un convento maldito al que nadie se acercaba, pero ambos sabían que no se trataba de nada bueno.

El sol estaba ya muy bajo en el horizonte cuando una voz familiar les sacó de su ensimismamiento.

—¡Aitor, Elías! ¿Qué hacéis? —les saludó una muchacha flacucha y morena que iba montada en un carro junto a un hombre de bigote desmesurado.

Eran Amaia y su padre, Xabier, el mercader de carbón de la aldea. Vivían en un caserío cercano al de la familia de Aitor, ambos a orillas del Urbeltza. El hombre, que era tan gordo que apenas cabía en el pescante, tiró de las riendas al reconocer a los niños. Los bueyes se detuvieron en el acto.

—Subid. Está anocheciendo y no son horas de andar por los caminos —les indicó mientras señalaba los sacos de carbón que portaba en el carro. No tenía simpatía por el Bastardo, pero era un muchacho de la misma edad que su hija y no pensaba dejarlo allí solo.

Sin pensarlo dos veces, los dos niños se echaron sobre la carga y se dejaron mecer por el rítmico paso de los bueyes. Un rato después, con el sol escondiéndose, pasaban junto al molino, el primer edificio de la aldea. Oialde no era grande, apenas una docena de caseríos dispersos a lo largo de un valle donde el río Urbeltza se ocupaba de poner una refrescante nota musical. El camino real, que serpenteaba a lo largo de toda la costa, discurría por Oialde en paralelo al río. Pero la aldea no estaba junto al mar, sino tierra adentro. La calzada daba un pequeño rodeo para pasar por allí y gozar de la protección del señor del valle. Si el molino guardaba la entrada al pueblo por el sur, su imponente casa-torre lo hacía en el norte. A sus pies, el camino cruzaba el Urbeltza en busca de Getaria, donde se reencontraba con el mar.

Amaia, que contaba los mismos años que Elías, miraba extrañada a sus vecinos, especialmente a Aitor, con el que había jugado desde muy pequeña, porque ninguno de los dos abrió la boca en todo el trayecto. Imaginó que habrían hecho alguna trastada y se rió para sus adentros.

Al llegar frente a su casa, Elías saltó del carro y corrió hacia el interior. Aitor se demoró un poco más, porque Amaia quería saber si asistiría a la feria. Y es que el siguiente sábado tendría lugar el importante mercado anual en Getaria. Era la feria de otoño, en la que, cada año, los pastores, campesinos y artesanos vendían sus mejores productos en las calles de la villa. Juglares, saltimbanquis y músicos hacían de la jornada una cita a la que difícilmente faltaban los vecinos de los pueblos cercanos.

—¡Claro que iré! —exclamó Aitor entusiasmado.

—Entonces nos veremos allí —apuntó Amaia mientras su amigo saltaba del carro y echaba a correr hacia el caserío familiar.



## 2

### ALAIN

*Otoño de 1442*

Sabía que la vería tras la tercera curva. En cuanto el arbolado quedara atrás para ceder el testigo a los prados y cultivos del valle de Oialde, su estilizada silueta se dibujaría en la distancia. Hacía demasiados días que dormía en los odiosos jergones del camino y se moría por regresar al lujo de su torre. Espoleó a su caballo para que adelantara al carro cargado de nabos que ocupaba gran parte del camino.

—¡Hazte a un lado, idiota! —escupió al pasar junto al mercader, que cabeceaba adormilado.

No habían sido días fáciles. Pedro Vélez de Guevara, señor de Oñati, lo había convocado en su castillo junto al resto de parientes mayores del bando gamboíno. Las afrentas de los oñacinos, los banderizos alineados en el bando opuesto, habían ido en aumento en los últimos años y el señor de Oñati había instado a los suyos a redoblar los esfuerzos para someter a sus enemigos de una vez por todas.

—Debemos impedir que esos cerdos vuelvan a dormir tranquilos —había clamado alzando el puño al aire mientras el resto de señores lo vitoreaban.

Hacía solo dos años que Alain había heredado el título de su padre, que había muerto tras largos meses de lucha contra la gangrena. El hedor que emanaba de sus miembros putrefactos se adueñó de la casa-torre durante su enfermedad, hasta tal punto que ninguno de sus dos hijos quiso entrar en la habitación donde agonizaba su padre durante el tiempo que duró la enfermedad. Solo los sirvientes encargados de las curas pisaban aquel dormitorio corrupto.

—¡Muerte a los oñacinos! —Fueron sus últimas palabras antes de morir.

Había sido uno de ellos, el señor de Ozaeta, quien le había inflido

en una refriega la herida que lo condenó a muerte. Al principio no parecía gran cosa, apenas un corte junto al tobillo, pero la gangrena no tardó en aparecer. Por muchos tratamientos y amputaciones a los que fue sometido, la podredumbre había acabado por ganarle la partida y Alain se había convertido con apenas veinticinco años en el señor de Oialde. Era la sexta generación del linaje, cuyo título había sido otorgado por el rey castellano a su tatarabuelo gracias a su valor durante la reconquista de Sevilla.

Al quedar atrás el bosque, el valle se abrió ante él. Varios caseríos dispersos salpicaban las orillas del río Urbeltza, cuyas aguas inundaban el paisaje con una refrescante melodía. Los manzanos ocupaban gran parte de la zona cultivable, rodeada por suaves colinas cubiertas de hierba y densos bosques de robles y hayas. Encajonada entre ellos y el cauce, como una altiva vigilante de las vidas de sus vasallos, se alzaba su anhelada casa-torre.

—Oialde —anunció en voz alta—. Ya estoy aquí.

Gonzalo, su escudero, puso su caballo al galope en un intento de seguir su ritmo, pero la montura de Alain era más rápida y lo dejó atrás rápidamente. Uno tras otro, los caseríos que formaban la aldea fueron quedando atrás. Los vecinos dejaron sus quehaceres y saludaron agachando la cabeza al verlo pasar.

«Me tienen miedo —pensó orgulloso alzando su anguloso mentón—. Más les vale.»

Enseguida comprobó satisfecho que varios sirvientes salían apresuradamente de la torre al verlo llegar. Le había costado muchos latigazos que aprendieran a tratarlo como merecía. Su padre era un pusilánime y se jactaba de no haber levantado jamás el látigo contra sus siervos.

«Así le iba. Nadie le obedecía. Ni siquiera sus vasallos lo temían.»

A él eso no le ocurriría jamás. Sabía que el miedo era la única manera de que los demás lo respetaran. Lástima que no pudiera levantar el látigo contra el resto de parientes mayores de su bando. En el castillo de Pedro Vélez de Guevara no había oído más que cuchicheos a sus espaldas y risas malintencionadas. Se burlaban de él y lo que más le molestaba era no ser capaz de adivinar los motivos. Quizás era porque su valle era una mancha insignificante en el mapa comparado con las tierras de los demás señores; o quizás por la cojera que le obligaba a caminar ligeramente ladeado desde que sufriera un accidente a caballo muchos años atrás.

Mientras un mozo de cuadra se ocupaba de su caballo, dos sirvientes le ayudaron a quitarse las botas y un tercero le ofreció un odre de sidra y pastel dulce de zanahoria, su preferido.

—No quiero nada —refunfuñó dando un manotazo al plato—. Haced venir a Mikel inmediatamente.

Una enorme chimenea caldeaba la amplia sala abovedada que ocupaba la planta baja de la casa-torre. Dos ventanas saeteras, tan estrechas que apenas permitían entrar los rayos de sol, eran la única luz natural de la estancia, iluminada por varios candiles alimentados con grasa de ballena. Sentado en el extremo de una larga mesa donde presidía los escasos banquetes que ofrecía, Alain esperaba impaciente a su administrador.

Odiaba esperar y comenzaba a ponerse nervioso.

—¡Más sidra! —exigió golpeando el pichel vacío contra la mesa.

Los sirvientes no tardaron en complacerle.

—¿Algo más señor? ¿Pastel de zanahoria?

—Nada, retiraos. Ya lo pediré yo cuando me venga en gana.

—¿Me llamaba? Lamento haber tardado, pero había problemas en la mina —saludó un sudoroso Mikel tomando asiento junto a él.

—Así es —confirmó Alain intentando reprimir una mueca de asco. No soportaba las horribles pústulas supurantes que cubrían el rostro de su seboso administrador. De buena gana prescindiría de sus servicios y lo enviaría lejos de su valle, pero gestionaba sus bienes desde mucho antes de la muerte de su padre y nadie podría hacerlo mejor—. Necesito más dinero. Mucho más. El señor de Oñati quiere que redoblemos los esfuerzos contra los oñacinos y eso significa que necesitaré más medios y más hombres. De lo contrario seré el hazmerreír de todos los de mi bando.

Mikel frunció el ceño.

—El señor de Oñati siempre pide más. No sé adónde nos llevarán estas rencillas, pero están desangrando el país. Y dime, Alain, ¿qué gana el señor de Oialde con la guerra?

—¡Gloria! Eso es lo que gano. Gloria y poder —replicó el pariente mayor con un destello de furia en la mirada.

Él mismo se había hecho aquella incómoda pregunta en alguna ocasión, pero no tardaba en desecharla de su mente. Le gustaba la guerra, disfrutaba matando y no le importaba si tenía motivos

reales para la lucha o no. Hacía siglos que oñacinos y gamboínos vivían enfrentados, empecinados en destruirse mutuamente. Los más viejos entre los banderizos contaban que los abuelos de sus abuelos habían vivido el inicio de aquellas rencillas. Sin embargo, nadie recordaba a ciencia cierta el detonante de la guerra. Unos afirmaban que todo había comenzado por un desencuentro durante una procesión religiosa y otros sugerían otros motivos, ni siquiera en eso se ponían de acuerdo. Lo único cierto era que como señor de Oialde, Alain debía lealtad al bando gamboíno porque así lo habían querido sus antepasados. Si no cumplía con su deber, lo menos malo a lo que debería enfrentarse serían las burlas del resto de parientes mayores, que no dudarían en marchar sobre su valle y arrebatárselo. No, no podía permitir que eso ocurriera.

—¡Necesito más dinero y lo necesito ya! —comenzaba a perder los nervios.

Mikel suspiró. Al hacerlo sus pústulas temblaron.

—Pondré a pleno rendimiento tus minas de hierro. Haré que los mineros trabajen día y noche. Hoy ha habido un desprendimiento y uno ha muerto aplastado. Tendré que contratar a otro.

—Haz lo que quieras, pero quiero resultados —espetó Alain clavando en su interlocutor sus fríos ojos oscuros.

—Está bien. De todos modos, por mucho que amplíemos la extracción de hierro, tendremos un embudo en las ferrerías. No darán abasto.

Alain torció el gesto. No era la primera vez que su administrador se quejaba de que las ferrerías de viento con las que contaban eran escasas y excesivamente lentas. Además, la necesidad de tenerlas en pleno bosque por su enorme consumo de leña, no permitía controlar a los ferrones. Si robaran parte del metal que salía de los hornos nadie se pecataría.

—Tendrás que pensar algo. No puede ser que estemos siempre igual con las malditas ferrerías —advirtió clavando una mirada indignada en su rostro repulsivo.

«No me había fijado. Tiene ojos de rata.»

—En cualquier caso, aumentar la producción de hierro no será suficiente para llenar tus arcas. Deberías tomar otras iniciativas.

Alain le dedicó una mirada de profundo desdén.

«Deberías... deberías... ¿Quién se cree que es para hablarme así? —se dijo apretando tanto la mandíbula que creyó que le estallarían los dientes.»

—¿Cuáles? —inquirió fríamente.

—Recaudar más impuestos.

Alain asintió. Aquello funcionaría. Desde la muerte de su padre, no había incrementado las cargas sobre sus vasallos. Le entregaban una parte de sus cosechas o de los beneficios que obtenían si las vendían y debían trabajar en sus campos varios días al año. Nada más. Sí, hacerles pagar más impuestos sería una buena solución.

—Mañana empezaré —anunció con un sonoro golpe en la mesa—. Es el día de la feria anual en Getaria y esos desagradecidos se van a llevar una buena sorpresa.

### 3

## LA FERIA

*Otoño de 1442*

Aún faltaban unas horas para que la luz del día comenzara a filtrarse por las ventanas cuando Eneko encendió una lámpara de aceite y se acercó al catre que compartían sus dos hijos.

—Venga dormilones, que los clientes no esperan.

Iñigo y Aitor se removieron en el jergón y se estiraron. En otras circunstancias habrían intentado continuar durmiendo unos minutos más, pero el día de la feria era uno de los más esperados y emocionantes del año. De modo que cuando Eneko regresó de abrir el enorme portón de madera del establo, se los encontró apurando unas manzanas y un pedazo de queso de oveja.

—Muy bien hijos. Ojalá os levantarais tan fácil cuando no se trata de ir a Getaria —bromeó de buen humor al verlos preparados.

Todo estaba dispuesto para partir. El carro estaba cargado con los barriles de la sidra hecha en casa que venderían en la feria y los candiles que les brindarían su luz protectora durante el camino habían sido cebados con sebo de ballena antes de ir a dormir.

Cuando se disponían a abandonar el calor del hogar para salir a la oscuridad, apareció Arantza bostezando. Con un camisón verde que le llegaba hasta los tobillos y el pelo moreno revuelto por las horas de sueño, no resultaba especialmente atractiva. Sin embargo, había sido una de las jóvenes más deseadas del valle de Oialde, a lo que no había contribuido poco su carácter jovial, que enamoraba a todos sus vecinos. Cuando Eneko logró su mano en matrimonio, no fueron pocas las envidias que levantó entre ellos. Y más teniendo en cuenta que el afortunado era un tipo demasiado normal, ni guapo, ni feo, ni alto, ni bajo. Lo único que llamaba la atención de Eneko eran su corta barba, que llevaba extremadamente arreglada, y unos alegres ojos oscuros que contrastaban con los de Arantza, del embriagador color de la miel.